

**Alessandra
Bocchetti**

(Librería
de mujeres
de Milán)

Las otras. Monólogo contra la legalización de la prostitución*

*A Rachel Moran, que ha vivido la prostitución, la ha estudiado,
pensado, contado y vencido*

(Oscuridad, lentamente la escena se ilumina, una actriz
ante un atril)

Nadie en esta tierra tiene el poder de quitarle la dignidad a un ser humano, haga lo que haga, sea cual sea la horrible culpa que haya cometido, porque la dignidad está ya en la expectativa de bien que compartimos todos los seres humanos, buenos y malos. Así al menos lo dice Simone Weil y yo estoy de acuerdo. Por eso, cuando algunas amigas me dicen que una prostituida tiene su dignidad, estoy de acuerdo con ellas. Pero hay trabajos que no son dignos: chupar pollas por dinero no es un trabajo digno. Y si Italia es una república fundada en el trabajo, yo personalmente no querría que estuviera fundada también en este.

(pausa)

“La prostitución es un trabajo como otro cualquiera”, dicen muchas. Pero ninguna se lo cree de verdad. Ninguna querría una madre prostituida, una hermana o una hija. Ante la maravilla de una niña recién nacida, solo un hada muy mala podría prometerle esta fealdad en su futuro, esta garrería.

(pausa)

“Yo no lo haría nunca... pero si otra lo quiere hacer...” Esta es, por lo general, la frase que pretende darme a entender que la prostitución puede ser una elección libre... Pero

* Traducción del italiano de María-Milagros Rivera Garretas.

¿quién es esta “otra”? “Otra”, me dicen. Es siempre otra la que abre las piernas a perfectos desconocidos. “Otra”. Pero yo soy feminista y en el momento en el que me volví feminista me sentí *todas las mujeres*, sus historias eran las mías o podían serlo, no había “otras” para mí... Es un momento bellissimo ese que te hace sentir “humanidad femenina” en tu corazoncito personal. Para mí, la libertad empezó así. Cuando sucedió, me dije: recordarás este momento porque es un momento de felicidad perfecta.

(pausa)

He presentado el libro de Rachel Moran *Paid For: My Journey Through Prostitution (Stupro a pagamento)*. Aconsejo a todas que lo lean para entender qué es la prostitución. Ella, irlandesa, una exprostituida que consiguió dejar de serlo, hermosa y severa, no sonrío casi nunca, rígida, dura. Si no hubiera sido así, no estaría aquí, me dije. Intenté mirarla con discreción, contagiada también yo por su mirada huidiza. ¿Qué es lo que nos abochornaba? Nos abochornaba el mundo, el mundo tal y como está, creo.

(pausa)

Cuando las mujeres prostitutas toman la palabra, hablan siempre y solo de derechos. El derecho de tener una casa con un contrato regular, el derecho de hacer su trabajo a la luz del sol, el derecho de tener una pensión, el derecho de pagar impuestos. Pero su sueño secreto, no dicho, es sobre todo el de ser como las otras, y si este es el sueño más grande quiere decir que hay algo que no te deja sentirte como las otras, porque la condena social permanecerá implacable a pesar de todos los derechos que se puedan adquirir, e “hijo de puta” seguirá siendo el insulto más grande... La herida está en el alma: no hay derecho que pueda remediarla. (*en voz baja, como en secreto*) En este secreto dolor, hermana mía prostituida, estoy cerca de ti, mucho más parecida de lo que tú te puedas imaginar.

(pausa)

En cambio, Rachel Moran no habla de derechos; cuenta cosas distintas de las habituales, cuenta el miedo. Habla de cuando una conoce al prostituidor por la calle y lo miras para saber en pocos segundos si te puedes fiar o no, si detrás de esa cara de ángel se esconderá uno que te hará daño. Pero esto no llegas nunca a saberlo, aunque estás muy agradecida si logras encontrar un pequeño detalle tranquilizador... Pero esto les pasa a las jóvenes, a quien hace poco que ha empezado. Luego pasa el tiempo y ya no miras más y el miedo se queda como pena, muy secreta.

(pausa)

Y el hedor... el hedor de los cuerpos sin lavar, de las pollas sin lavar, de la saliva, del aliento y del semen. El miedo y el hedor te acompañan todos los días; por eso las prostitutas se lavan mucho, casi obsesivamente. Lavarse se vuelve un vicio y el agua es el bautismo de cada día.

(pausa)

Si llegas a ser una prostituida de lujo, o sea, si subes de categoría, el miedo se vuelve todavía más grande. Si eres una de ellas no basta con mostrar la carne, hay que ir bien vestida, ponerse un buen traje sastre, tacones muy altos, bolso de Hermès, saber usar correctamente cuchillo y tenedor. Rachel cuenta que es tremendo el momento en el que se cierra la puerta de la habitación del hotel. Estás sola y él está frente a ti y, si eres una buena profesional, tú sonríes. Este es el momento en el que ese señor elegante y refinado se puede convertir en un ogro.

(pausa)

No todos los hombres se conforman con follar; algunos tienen que pegar, tienen que hacer daño, tienen que dar

patadas, tienen que escupirte en la cara, romper huesos, causar dolor y quizás matarte. O al revés, te pagan a ti por pegar, humillar, mearles encima. Ni en este ni en ese teatro hay redención: hay pérdida cruda de la dignidad de todos, porque estamos demasiado lejos de su fuente, demasiado lejos de las caricias de la madre.

(pausa)

Pequeños consejos:

- perfúmate los pezones para evitar que sean masticados o mordidos, aunque no siempre funcione
- si estás en una habitación mete un zapato debajo de la cama, agáchate fingiendo que lo buscas, mira si ahí debajo hay algo que pueda hacerte daño
- tararea una cancioncilla dentro de ti como si no pasara nada, para pretender tal vez que eres otra, pero no con demasiada intensidad, no sea que te lo creas para siempre
- finge el orgasmo para acelerar los tiempos
- no pienses, no llores, tu peor enemigo son tus lágrimas.

(pausa)

Los italianos tienen la primacía en el turismo sexual. Quienes salen de viaje para follar son también padres de familia, respetables señores, profesionales. Salen también en grupo, para celebrar algo, tal vez un cumpleaños. Es frecuente que follar con una virgencilla sea un premio de la empresa.

Las prostitutas niñas de Tailandia están muy solicitadas. Las pequeñas vírgenes tailandesas el mercado las ofrece cuando tienen más o menos doce años. Su valor es la pequeñez de su sexo. Una vez desvirgadas valen menos, así que se las cose y recose una, dos, tres veces o más, hasta que su cuerpecito aguante, hasta que mueran.

(pausa, en voz más alta)

Quien sea creyente, rece para que los hombres se liberen; quien no lo sea, que se prepare para hacer la revolución... No es fácil ser feminista. Sí, está la alegría de nacer dos veces, pero esta alegría inmensa no da ligereza. Yo llevo dentro de mí la guerra, aunque no lo manifieste, y la rabia y una pena terrible... cada día, cada día. Creo que para las virgencitas tailandesas existirá con seguridad el paraíso, aunque Dios no exista.

(pausa larga)

Oh... pero también se puede tomar de otro modo. “Si los hombres son tan desagradables...” me decía una amiga que vivía de esto y se echaba a reír y me contaba historias, muchas historias. Ella conocía a los hombres como nadie, los conocía del revés. ¡Nada de hombre fuerte, nada de amo!... Ella conocía sus debilidades absolutas, sus miedos, su desconcierto, su miseria, y sabía por dónde cogerlos, sabía cómo hacerles enloquecer. Era una dominante. Y a mí que le contaba mis penas de amor de mujer emancipada, me daba un consejo que atajaba todas mis pretensiones sentimentales: “Métele un dedo en el culo y dásela lo menos posible”, esta era su receta. Nos divertimos un montón juntos, viajes, vinos maravillosos, todavía conservo en mi armario un jersey de cashmere de 8 hilos que me regaló y un reloj precioso. Tenía siempre mucho dinero que tenía que gastar y gastaba compulsivamente, con saña y tenacidad. Ese dinero había que gastarlo, pulverizarlo: era su modo de sentirse potente, era su desafío al mundo. Y su dolor lo tenía bien cerrado en un recoveco del corazón; sabía que era el único lujo que no se podía permitir.

(pausa)

De vez en cuando, las feministas buscaban a las mujeres prostituidas para proponer que lucharan juntas, porque su trabajo era un trabajo decente, decían. Acababan siempre mal estos encuentros. La mayoría de nosotras decía no, el

cuerpo no se vende, en todo cuerpo está también el alma, un hombre no puede comprar el cuerpo de una mujer, y ellas, cuando la discusión se animaba, empezaban a decir: “Al menos a nosotras nos pagan... vosotras en cambio se la dais gratis y los tenéis en casa, les plancháis las camisas, y nosotras en cambio... adiós y gracias”. Y allí empezaba el guirigay y, entonces, perdida toda pretensión teórica, no había más que gritos. ¡Estáis peor vosotras! ¡No, estáis peor vosotras! Y lo fantástico era que todas teníamos razón, absolutamente todas, porque aquel *impasse* en el que siempre caíamos quería decir claramente solo una cosa, que había que refundar nuestra relación con los hombres, reinventarla.

(pausa)

Cuando un buen padre de familia acompañaba al burdel por primera vez a su hijo de quince años lo convertía en hombre, se decía. Pero no era solo un hecho de técnica amatoria. Ese padre enseñaba así el orden del mundo: que un cuerpo de mujer se puede comprar, que hay mujeres decentes y mujeres indecentes, que las indecentes existían para el placer, y las decentes existían para formar y cuidar una familia. Enseñaba que el placer masculino estaba autorizado, era necesario y se les debía. Enseñaba que las mujeres decentes no tenían nunca ganas de follar, que esas ganas las tenían solo las indecentes.

(pausa)

Y sobre esto ¡atención! No hay ni derecha ni izquierda, ni fascistas ni comunistas, ni centro ni periferia. Se sabe que la derecha ha celebrado los prostíbulos como contrapunto al altar de la patria, pero tampoco la izquierda ha bromeado. Es del Partido Democrático della Sinistra la propuesta de ley más reciente para la regulación de la prostitución. Una mujer que hubiera elegido esta profesión habría tenido que acudir a la Cámara de Comercio, hacer una solicitud de inscripción en el registro de las

trabajadoras del sector, luego un coloquio con psicólogos y un examen de actitud... de naturaleza nada clara. Una vez en posesión de la inscripción regular, léase ficha, tenía que emitir factura por cada prestación y pagar los impuestos... el sueño se realiza ¡finalmente ciudadana!

Tampoco nuestro principal sindicato bromea. Después de haber descuidado durante años el trabajo de las mujeres, considerado siempre secundario, hoy organiza encuentros con prostitutas para estudiar posibles fórmulas, socialmente aceptables... y no teme tampoco afrontar a quienes organizan la trata.

(pausa)

Así en el futuro, que se teme muy cercano, podremos decirles a nuestras hijas: “Queridas hijas, hay tantos trabajos que podéis hacer: arquitecta, peluquera, embajadora, cocinera en jefa, profesora, puta...”. ¿Es este el mundo que queremos?

(pausa)

Hoy, 7 de julio de 2018. Una gran superficie del sexo, a pocos kilómetros de distancia de nuestras fronteras, ofrece por 70 euros un día entero y todas sus mujeres. Para las prestaciones especiales hay que pagar unos euros más. La oferta más tentadora se llama “gang bang”: a los prostituidores los trae locos. Ella se llama Tina, tiene 19 años, está en su sexto mes de embarazo, cuesta solo 35 euros más.

(pausa)

Despiadada escena retrospectiva. Íbamos por una carretera rural, estábamos en el coche. “Abuela ¿quiénes son?” Tenía cinco años mi nieta. Ante nosotras había tres chicas negras prácticamente desnudas, el culo en evidencia, todavía no mujeres, adolescentes. “¿A

quién pedir perdón?” pensé, porque era una vergüenza demasiado grande.

Mi pena fue tan fuerte, que dura todavía hoy insoportable por la respuesta que no supe dar.

(pausa larga)

A Lina Merlin, después de haber explicado a un público numerosísimo su ley para la clausura de los prostíbulos, se le acercó un jorobado a preguntarle: “Pero ¿qué hará un pobre jorobado?” Y ella contestó, benévola: “Querido señor, haga lo que hacen las pobres jorobadas”.

Hicieron falta 10 años para que el Parlamento aprobara esa ley, 10 años de burlas, demostraciones científicas paranormales, de insultos, amenazas, sarcasmos, profecías tremendas, pero ella, ella fue como una roca y se llevó a casa una ley que parecía imposible. Y así mejoró este país nuestro. 1958. Gracias, muchas gracias Lina.

(pausa)

Angosta la hoja, largo el camino, decid lo vuestro que yo he dicho lo mío...

(la luz va bajando lentamente, entra a alto volumen la canción *Valzer della toppa* cantada por Laura Betti)

Fin